



La fiesta del tiempo destructor y regenerador: Una lectura de “Carnaval y Literatura: sobre la teoría de la novela y la cultura de la risa” de Mijail Bajtin

Por Carlos Patiño Millán
Profesor asociado
Escuela de Comunicación Social
Universidad del Valle
capami@gmail.com

RESUMEN:

En la literatura, las categorías carnalescas han contribuido “a la abolición de la distancia épica y trágica y a la transferencia de lo representado en la zona del contacto libre”. De todos los aportes, tal vez el más subversivo sea el de la risa que es extraña a los géneros puros como la epopeya y la tragedia. Siguiendo las teorías de Bajtin se pretende leer el poema épico anglosajón anónimo “Beowulf” y “Gargantúa” de François Rabelais.

PALABRAS CLAVE:

Carnaval, epopeya, literatura, Gargantúa, Rabelais, Beowulf, Bajtin.

Y con la resaca a cuestras
Vuelve el rico a su riqueza
Vuelve el pobre a su pobreza
Y el señor cura a sus misas
Se despertó el bien y el mal
La pobre vuelve al portal
La rica vuelve al rosal
Y el avaro a las divisas
¡Se acabó!
El sol nos dice que llegó el final
Por una noche se olvidó
Que cada uno es cada cual
Vamos bajando la cuesta
Que arriba en mi calle
Se acabó la fiesta
Fiesta, Joan Manuel Serrat

E

l carnaval, un asunto de trasgresión

l carnaval es la fiesta de lo que nace y muere, de lo que se renueva en un instante. El carnaval es liberación, rito, fiesta, sincretismo, espectáculo en donde se fusionan diversas prácticas pertenecientes a distintas culturas. Sin rampa especial, y sin separación entre actores y espectadores, el carnaval amalgama lo sagrado y lo profano, e involucra a todos en una suerte de alianzas que no disgregan, que no separan a unos de otros y no establecen discriminaciones.

Las leyes que operan a diario, las restricciones que reglamentan la vida, las prohibiciones se suspenden durante los días del carnaval. La agitada existencia presiona el botón de la pausa. El sistema deja de operar para que aparezca su trasgresión, su revés. Invertido el orden jerárquico que regula las relaciones sociales, quedan abolidas las distancias: el contacto es libre, familiar; un nuevo modelo de relaciones se instaura entre los hombres.

Lo de arriba, cae. Lo de abajo, sube. Lo negro, palidece. Lo más blanco se torna negrísimo. Lo que permanece reprimido, estalla. El hombre se viste como mujer; la mujer, posa de hombre. *El prohombre y el gusano/ bailan y se dan la mano.* Ese nuevo orden -en realidad, ese desorden- dura un abrir y cerrar de ojos. No es eterno, no es el fruto de una revolución que inaugura un sistema y entierra a otro. *¡Se acabó!/ El sol nos dice que llegó el final.* Ese nuevo orden es flor de un par de días que florece mientras dura la fiesta y que luego se marchita.

El carnaval es una válvula de escape: permite aflorar las diferencias, deja salir a escena lo excéntrico, lo que está situado por fuera del centro, de la norma y la convención. Las desavenencias salen a la superficie, las profanaciones hacen su agosto -ya no en agosto sino entre esos cuarenta y seis días que van del miércoles de ceniza hasta el domingo de pascua-. La burla hace sus muecas. El sacrílego crucifica lo que es sagrado. La parodia ridiculiza la seriedad de la penitencia. La risa ensordece los murmullos de la plaza. El rey es destituido, se le reemplaza

por un personaje burdo y grotesco: el bufón coronado. El rey destronado ya renacerá de sus cenizas, el bufón entronizado ya será defenestrado y puesto en su sitio.

En la literatura, las categorías carnales han contribuido a la abolición de la distancia épica y trágica y a la transferencia de lo representado en la zona del contacto libre. La literatura ha acogido en su seno las transformaciones ambivalentes: nacer y morir, elogiar e insultar, dar la cara y la espalda, afirmar y negar, orar y blasfemar, consagrar y profanar. Así mismo, ha introducido en sus páginas la ley de los contrastes (lo mínimo y lo máximo), la ley de las semejanzas (las almas gemelas) y la ley de las cosas puestas al revés (el vestido volteado).

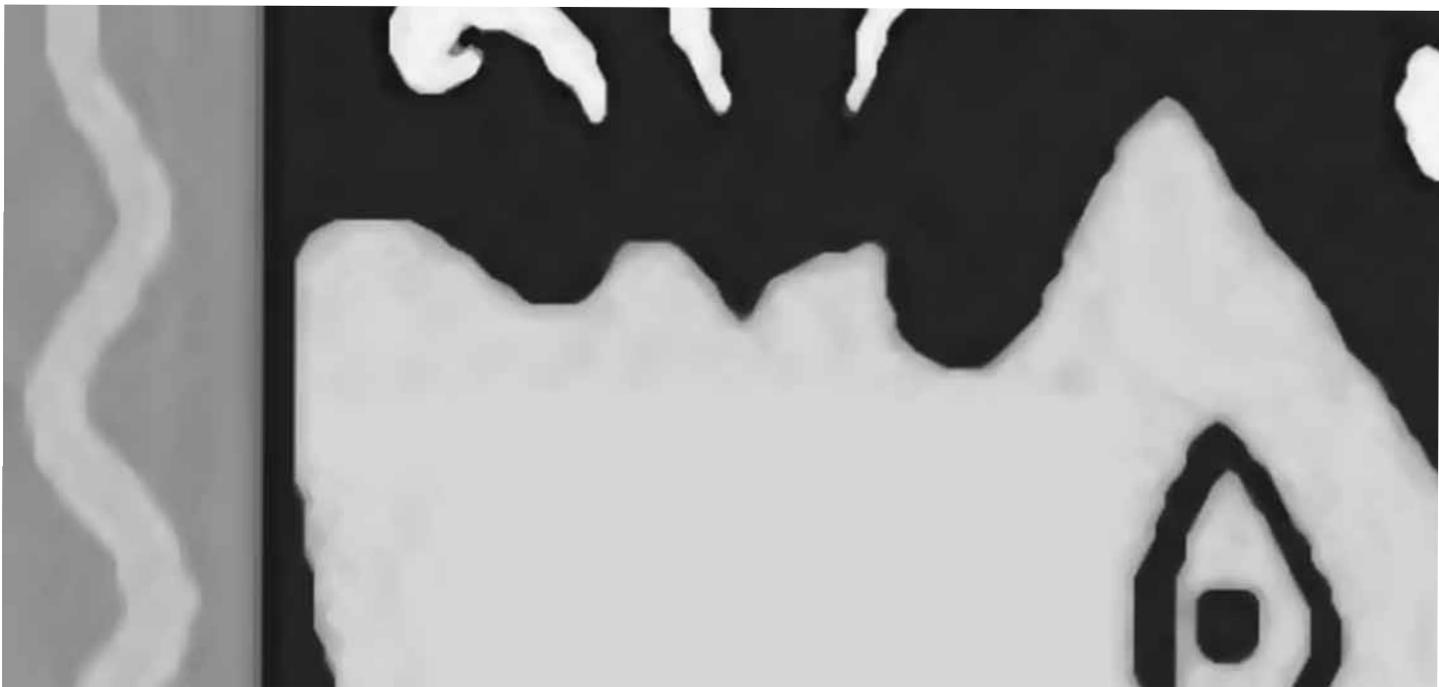
De todos los aportes, tal vez el más subversivo sea el de la risa que es extraña a los géneros puros como la epopeya y la tragedia. En la epopeya no puede existir la risa: la grandilocuencia sería inútil y la gesta heroica, estéril. En la tragedia no debe aparecer la risa: el dolor y el sacrificio se verían minimizados. El carnaval deja reír a la risa y fija así los dos polos del devenir: *en la muerte presagia el nacimiento; en el nacimiento, la muerte*. La risa hace reír a la estatua, conmueve al mármol, enternece a la piedra de la razón diaria.

En el carnaval, el mundo gira al revés... por unos escasos días. Dicho de otra forma, durante el carnaval, todo cambia para que todo siga igual.

Diferencias entre epopeya y carnavalización del género novela (Beowulf y Gargantúa)

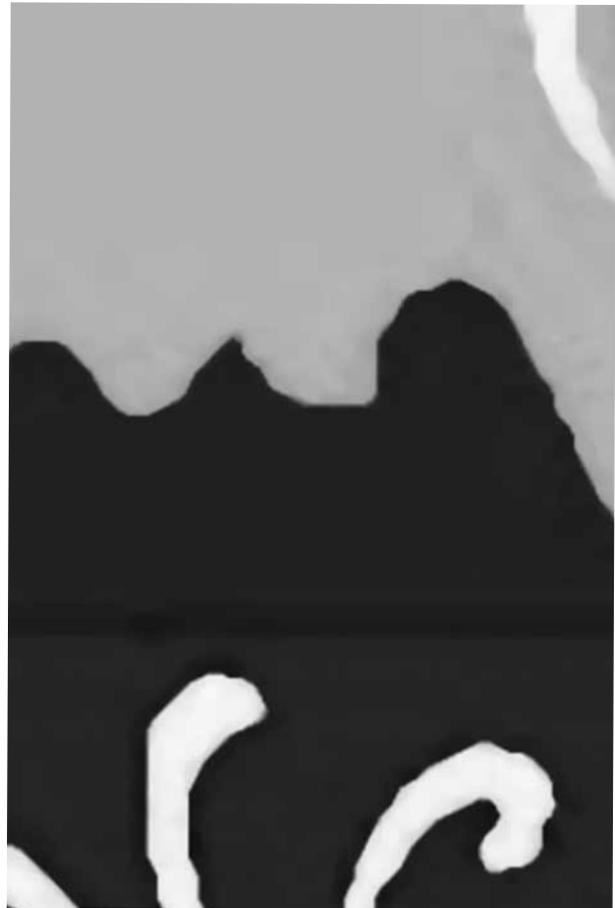
1.

En la epopeya de El Beowulf, el héroe del mismo nombre se inscribe dentro de una larga tradición de clanes familiares germánicos, ricos en jefes, caudillos y guerreros. La tabla genealógica recoge ramas de daneses, suecos, hedobardos, frisonos, anglos, gautas o we-dras (de donde viene Beowulf), francos y longobardos. Nuestro héroe -al que no se debe confundir con el otro renombrado Beowulf que se menciona en la línea 18- aparece por primera vez en el texto a la altura del verso 195 como “el intrépido gauta, vasallo de Hýglac” que “en fuerza excedía... a todos los hombres que vivos entonces había en el mundo”. Ya con nombre propio, Beowulf -hijo de Ekto y de la única hija de Hrédel, el gauta- aparece en el verso 343. Su destino ya está sellado: parte a Dinamarca, decidido a enfrentar a la “fiera maligna”, a la “torva criatura” de Gréndel y a ayudar al egregio monarca de Hródgár. De entrada, Beowulf se presenta como alguien que restaurará el orden; sólo él, gracias a su fuerza y arrojo, podrá ponerle coto a la desatada furia de Gréndel.



De manera un tanto burlesca pero siguiendo un poco el juego épico de El Beowulf y de sus aguerridos antepasados, Rabelais (La Devinière, Turenna, 1494- París, 1553) también presenta a Gargantúa como miembro de una tradición. En este caso, es una tradición distinta: dice que Gargantúa es descendiente de los gigantes “que aparecieron en el mundo”. A diferencia del héroe gauta- cuya sangre explica su destino, cuyo linaje lo obliga a desafiar al “monstruo maligno”- Rabelais se mofa de los árboles genealógicos diciendo que ojalá todos supieran de dónde vienen. Es más, el autor añade que no pocos mendigos descienden de emperadores y que muchos papas vienen de “portadores de reliquias y de traperos”, con lo que quiere decir que el río de la sangre no lo explica todo. De hecho, Rabelais mismo -ya como “M. Alcofribas, extractor de quintaesencia”, autor del libro- se nombra a sí mismo como probable descendiente de “algún rico monarca o príncipe de tiempo remoto”, pues tal es su afición por la buena vida, la buena mesa y la diversión. Rabelais, hábilmente, rodea el pasado de Gargantúa de cierto (cómico) misterio: su genealogía aparece en medio de un gran sepulcro de bronce, encima de uno de los nueve frascos que están alineados “a modo de los bolos de Gasuña”. Descifrar su contenido sólo es posible bebiendo, al menos para el autor del texto.

Al decir de Bajtin, “en el carnaval se instaura una forma sensible, recibida de manera semireal y semiactuada, de un modo nuevo de relaciones humanas, opuesto a las relaciones socio-jerárquicas, todopoderosas de la vida corriente”. Eso se traduce en la genealogía aparatosa de Gargantúa (para no mencionar el hecho de que permaneció más tiempo del normal en el vientre de su madre): los gigantes de los que proviene son descabellados e insólitos y únicamente pueden ser verosímiles a la luz de ese modo nuevo de relaciones humanas, situado por fuera del circuito de la convención y la jerarquía preestablecida. En realidad, los padres de Gargantúa están lejos de ser deidades: su padre, Grandgousier, es un bromista y bebedor que se casa con Gargamuelle -a su vez, bella moza y de buen garguero-, hija de un rey pagano. El embarazo dura once meses, dos más que lo habitual. Una ocasión nada épica, un ilimitado festín de tripas grasientas de bueyes cebados (o callos) hace que el parto del héroe se precipite (¡después de once meses!).



El nacimiento -bastante tortuoso, pues el tipo emerge por la oreja izquierda de su madre- inaugura una existencia bastante alocada y frenética, si bien también comprometida con la defensa del placer, la buena vida, la amistad y la paz entre vecinos.

2.

Baste un ejemplo para diferenciar a Beowulf de Gargantúa: cuando el primero se apresta a ayudar a los daneses en su lucha contra Gréndel, ya es un guerrero hecho y derecho, su fuerza ya es celebrada como sin par en el mundo. Desconocemos, pues, cómo se formó, cómo se preparó para la lucha, cómo se instruyó en el arte de la guerra. Por el contrario, con Gargantúa asistimos, paso a paso, a su tortuosa y desordenada educación: pasa su niñez bebiendo, comiendo y durmiendo; sus ayas son testigos de su precoz despertar sexual; es grosero, irreverente, vulgar; llega a un deslumbrante descubrimiento -hay que cagar antes de limpiarse el culo; tarda años en aprender lo estrictamente básico -como el alfabeto-;

es descrito como *simple, bobalicón, muy meditado y atontado*; llora como un becerro cuando es confrontado con un muchacho pulcro, honesto y culto que aún no había cumplido los doce años; es enviado a París con el fin de que adelante sus estudios y sea un gran clérigo pero no bien llegado a la Ciudad Luz, opta por robarse las campanas de Notre Dame pues, se le antoja que deben verse bien como cascabeles en el cuello de su yegua.

Las rutinas educativas a las que es sometido Gargantúa, de la mano del pedagogo Ponócrates, son bastantes risibles: se trata de hacer entrar en razón a un incorregible buenavida, amigo de los más disparatados juegos. Sólo un tratamiento de choque, purgarlo *canónicamente con eléboro de Anticipa*, logra el milagro: nuestro héroe puede empezar a aprender, con rigor, lo divino y lo humano pues la poción lo ha hecho olvidar lo que había aprendido bajo la férula de sus anteriores preceptores; es decir, Gargantúa aprende porque ha olvidado. La crítica al sistema educativo es feroz: los profesores son presentados como seres que insisten en enseñar, a como de lugar, toda suerte de saberes; el conocimiento debe ser introducido a la fuerza como si fuera una longaniza en la mente de Gargantúa. La ironía genial de la pluma de Rabelais es que, después de enumerar -en el capítulo XXIII- todas las disciplinas en las que ha sido instruido, Gargantúa ya extenuado al final de la jornada y después de recapitular *sumariamente... todo lo que había leído, visto, sabido, hecho y oído durante todo el día*, tenga ánimo y disposición para agradecer a Dios *por todo el tiempo pasado*.

3.

El nacimiento de Gargantúa contiene varias imágenes de inversión carnavalescas: el parto se produce luego de once meses de gestación y por la oreja izquierda. Tal hecho inusual es presentado como el asunto más normal del mundo. Como si fuera poco, los primeros sonidos que emite la criatura no son los consabidos lloriqueos sino una frase con mucho sentido y que marcará su atropellada existencia: “¡A beber, a beber!”.

La vida al revés, el mundo a la inversa, contempla que -durante el Carnaval- es válido lo que se restringe normalmente, es lícito lo que está cotidianamente prohibido, así, si la etiqueta considera que los ruidos corporales deben evitarse en público, Gargantúa hace énfasis en los comportamientos trasgresores: sin problema alguno, a la madre del héroe se le escapa *el fundamento*, en los momentos previos al parto, como consecuencia de haber comido demasiados callos y tener reblandecido el intestino recto, también llamado por Rabelais *tripacular*. Refiriéndose a los primeros años de Gargantúa, nos enteramos -por el autor- de que orina en los zapatos, se caga en la camisa, deja caer mocos en la sopa, bebe en su pantufllo, se peina con un vaso, se cubre con un saco mojado, escupe en las fuentes, orina contra el sol, reza sin devoción alguna, etc.

4.

La guerra en El Beowulf se inscribe dentro de la tradición que enfrenta el bien al mal. Hay un héroe definido y unos villanos plenamente identificados. Las hazañas de Beowulf son fundacionales y son la base de la epopeya de la antigua nación germánica. Beowulf se enfrenta a Gréndel, luego a la madre de éste y finalmente a un dragón. Los abusos del primero suman doce años, el corte se hace necesario. Gréndel y su madre descienden de Caín, habitan en las profundidades de un tenebroso lago, son más o menos humanos y son enemigos de Dios (y del orden). El dragón, tercer enemigo, resulta ser peor que los otros dos: tanto Beowulf como el dragón mueren al final de la lucha.

Por el contrario, en la novela de Rabelais, la gran guerra entre los pasteleros de Lerné y los del país de Gargantúa se desata por un asunto baladí, fútil, sin importancia: durante el otoño, época de la recolección de la uva, los pastores de la comarca, tradicionales amigos de los pasteleros, les piden que les vendan unos bollos, éstos se niegan a hacerlo y los insul-

tan diciéndoles que deben conformarse con pan de suelo o borona. Se inicia una pelea en la cual Frogier golpea a Marquet. Con todo, los vencedores, es decir, los del país de Gargantúa les pagan a los vencidos por las cuatro o cinco docenas de bollos que les retienen. Los pasteleros se quejan ante su rey Picrócolo, quien decide armarse y enfrentar la *gravísima* ofensa. A pesar de su origen inocuo, las muertes, los saqueos y los desmanes se suceden: Rabelais pone el dedo en la llaga al develar la inacabable estupidez humana capaz de imaginar lo mejor y de resolver de la peor manera posible las diferencias más anodinas. Por ejemplo, la razón por la que el cura Juan de Entommeures defiende lo suyo del invasor Picrócolo es porque, de otra manera, se quedará sin vino y no podrá libar a su gusto. No hay, pues, magnas razones que justifiquen la respuesta heroica, sólo el deseo de satisfacer el estómago, es decir, de satisfacer el instinto, de darle rienda suelta al impulso.

5.

Rabelais se mofa de todo: para empezar, de la forma en la que debe ser leída su novela. El mismo advierte que no conviene juzgarlo y juzgarla con ligereza, y defendiéndose de sus previsibles enemigos les dice que nadie debe guiarse por las apariencias y que lo que está dicho de modo aparentemente *casual y regocijante*, debe interpretarse *en el más alto sentido*... Acto seguido, Rabelais la emprende a diestra y siniestra: el curso y las vicisitudes de la verdad divina, los enigmas proféticos, el buen gusto, la diplomacia, la vida ascética, la educación, las grandes gestas, etc.; su héroe es, de hecho, un antihéroe. El afán por la higiene, por ejemplo, tiene su contrapunto en el capítulo XIII, cuando Gargantúa inventa un método para limpiarse el culo. Está claro para quien escribe una novela en donde la comida y la bebida son tan importantes que la salida natural de la digestión hace parte del paisaje, pero mencionarla tan explícitamente marca, sin duda, la diferencia en el estilo festivo, mordaz y provocador.

Las profanaciones y sacrilegios tienen, con frecuencia, como blanco *al buen Dios*: en el capítulo XXIII, a la oración le sucede la defecación. Veamos:

Gargantúa se despertaba, pues, a eso de las cuatro de la mañana. Mientras le aseaban, le leían alguna página de la Sagrada Escritura en voz alta y clara, con la pronunciación que el convenía a

la materia, tarea que estaba encomendada a un joven paje natural de Basché, llamado Anagnosta. Según el argumento y el propósito de la lección, Gargantúa se entregaba muchas veces a reverenciar, adorar, rezar y suplicar al buen Dios, de quien la lectura mostraba la majestad y los juicios maravillosos.

Luego iba al excusado a expeler las heces de las digestiones naturales. Allí su preceptor repetía lo que había sido leído y le explicaba los puntos más oscuros y difíciles².

Un pasaje tan directo y corrosivo deja a cualquier lector sin comentarios.

Las parodias a los apellidos guerreros, por su parte, aparecen en el capítulo XXVI, cuando el enfurecido Picrócolo se prepara para la guerra y nombra a sus segundos: el mando de la vanguardia se le encarga al señor Trépelu (Pobre andrajoso), en la artillería es nombrado el caballerizo mayor Touquedillon (Fanfarrón), mientras que la caballería ligera es encomendada al capitán Engoulevent (Chotacabra).

La risa, según Bajtin, es una cierta manera artística de ver y comprender, por consiguiente, un modo estructural para la imagen del tema y del género literario. Los lectores de Rabelais lo saben, de sobra, así.

Notas

- ¹ En la vida real, Rabelais fue indistintamente franciscano, benedictino, médico y aventurero.
- ² El subrayado es mío.

Bibliografía

- ANÓNIMO, "Beowulf y otros poemas anglosajones: siglos VII-X", Alianza Editorial, Madrid, 1999.
- BAJTÍN, Mijail, "Carnaval y Literatura. Sobre la teoría de la novela y la cultura de la risa", en Revista de la Cultura de Occidente (ECO), Vol. 23, N° 129, 1971.
- RABELAIS, François. "Gargantúa", Cátedra, Letras Universales, Madrid, 1999.